

Adivinanzas

Javier Báez Zacarías

Noé caminaba rápido, como si tuviera una cita en horario fijo. Había estado ya, el día anterior, en la casa de Guadalupe, pero había salido, tontamente, sin concretar una próxima visita, la emoción lo empujaba. Fatigado y sudoroso se paró justo enfrente de la puerta, respiró profundo y golpeó tres veces con la aldaba. Tuvo tiempo aún de meter la mano a la bolsa del pantalón, carraspear para aclarar la voz, cambiar el peso del cuerpo de una pierna a otra, repasar un posible diálogo aprendido y fijar la vista, nuevamente, en la puerta. Hubo un momento, un instante tal vez, en el que el tiempo se detuvo, el silencio se asentó en esas latitudes y todos quedaron, quizá, estáticos, como si un rayo del más allá los hubiera tocado, encantándolos. Hasta que el sonido de unos pies que corrían y los ladridos de un perro, rompieron el hechizo. El corazón del enamorado volvió a latir. Qué tal, Noé, tintineó la voz de la muchacha y él sonrió como en un diálogo de gestos. ¡Adelante!, invitó la voz cantarina y él dio un paso adentro, un paso que no acababa de hacerse costumbre. En cambio, el cocker correteó de un lado para otro celebrando la visita. La puerta se cerró. ¿Estás sola?, preguntó y ella arrugó el ceño con desconcierto: ¡Claro!, ¿qué creías? No, no, sólo pregunté. Pensabas que tenía aquí un séquito de pretendientes, ¿verdad? Claro que no, algo había que decir, nada más, por eso pregunté. Imaginas que allá adentro hay una reunión y que todos están en silencio esperando a que entres para gritar ¡sorpresa!, y lanzar las copas al aire. No estaría mal, pero nada de eso se me ocurrió. Tal vez ahorita que entremos te encontrarás con una de esas locas fiestas que organizaba Holly Gollightly, todos apretujados en un departamentito bailando y bebiendo. Sería emocionante, muy emocionante. Pi se apoyó en la manija de entrada a la casa y preguntó: ¿Quién te gustaría que estuviera en esta pachanga? Noé, sin detenerse a pensarlo contestó: Audrey Hepburn. ¿Te gusta Audrey? Me encanta, creo que es la mujer más hermosa que ha existido. Está muy flaca, ¿no te parece? Es perfecta, cada parte de su cuerpo está en armonía con todo lo demás; sus dedos son largos, ¿te has fijado?, entonan artísticamente con su cuello, con sus brazos, con sus piernas. Lupis le sonrió: ¿Estás listo para la sorpresa? Noé, en lugar de colgarse de una ilusión volvió a la tierra, a los sinsabores conocidos. No, contestó, ¿cuál es la sorpresa? Una fiesta loca, tal vez, en cuanto entremos. ¿Una fiesta loca?, repitió la frase de ella para hacerse una idea, bueno, dijo. Guayupe giró el picaporte y empujó; entraron a un espacio silencioso. Tal vez al fondo estará la concurrencia. Caminaron uno al lado del otro, callados, llegaron a la sala, el sofá estaba vacío. Noé sonrió satisfecho, se felicitó.

¿Bailamos?, invitó ella, y Noé, que no era muy asiduo al movimiento, pero que cuando escuchaba música sentía que los pies se le movían solos, que las puntas y los talones querían dan-

zar, la tomó del talle y, tarareando, empezó a mecerla, muy suave, con dulzura. Los cuerpos se pegaron más de lo decoroso y las bocas no decían palabra. Las manos recorrieron las espaldas y los hombros. Los labios no dejaban salir ninguna frase. Noé separó su cara de la de ella, la vio fijamente, le dijo, sonriendo: ¡Sola! El sonido de las cuatro letras desmoronó el encanto, derrumbó una construcción perfecta hecha con palillos de dientes que rebotaron por todos lados. Sola, pero no desprevenida, concluyó ella, se separó unos pasos marcando una enorme distancia. ¿Qué andas haciendo por acá, Noé?, creí que estarías en tus clases de nigromancia. Vine a plantearle una disyuntiva. ¿Disyuntiva?, contestó ella, ¿así, de plano, tan tajante? Tan tajante, aseguró él. Buscó en la bolsa de su pantalón y sacó el hueso de un aguacate separado a la mitad. Se lo mostró y le invitó a que escogiera destino: ¿Con quién te vas?, ¿con el ángel o con el diablo? La dama, señalando una de las dos mitades eligió: con el diablo. ¿Por qué el diablo?, preguntó él, la mujer es pureza. No es cierto, respondió ella, el diablo es sabiduría. Noé separó los huesos y vio que ella había acertado, ahí estaba una figura con cuernos, cola y tridente que daba un paso a ninguna parte. Noé entrecerró los ojos, como si quisiera recordar algo aprendido en la infancia y repitió recitando: Ma me dice que es primero; No me dice que es segundo, ¿qué es? Lupe se quedó seria unos instantes, luego soltó la carcajada, eres simple, Noé, falta complejidad, ¿eso te enseñan tus profesores de nigromancia? Eso me enseñan mis alumnos, a fijarme en el detalle. ¿Quién te contó esa adivinanza?, ¿un alumno?, ¿de qué grado? ¡Bah!, eso no importa, una adivinanza es como un cuento, tiene su sentido al interior; simple o compleja es como una maquinaria, los elementos que la componen dan significado a la totalidad, ahí está su valor, en ese mecanismo radica su riqueza. ¿De veras, Noé?, pareces convencido, ¿tus alumnos te creen? Ellos me enseñan. A ver si es cierto, dijo Lupina: Desafío al deseo soy. Timón de todas las almas. Noche amarga, día dulce, ¿qué es? Él se quedó callado. Retiró una silla y se sentó. Entrelazó los dedos. Pidió que le repitiera con lentitud cada una de las frases y luego se quedó muy serio pronun-

ciando cada letra. Guayupe lo observaba, le gustó el tono de su piel, el labio inferior era antojable. Ya lo tengo, dijo Noé. ¿A ver?, urgíó ella, ¿cuál es la respuesta? Es muy sencillo descubrir su mecanismo, aseguró él con aire docto, y es tan simple como la adivinanza que inventó mi mamá. ¿Ella la inventó? Sí. Plátame de tu mamá. Noé ignoró tal petición y continuó con aire docto, la respuesta está en la primera sílaba de cada palabra, aunque la tuya, a diferencia de la de mi mamá, tiene un error. Eso es falso, eres ofensivo, he meditado cada letra para que sea perfecta; hasta ahora, siempre que he contado mi adivinanza ha provocado gusto y admiración. ¿Tú la inventaste? Lupita, la de la voz cantarina, sonrió, no decía nada, movía los labios tal vez formulando una mentira, una mentira perfecta. Sí, dijo finalmente con valentía, la compuse en la primaria, y a mi profe le causó admiración que una niña tan pequeña tuviera tan alto grado de inteligencia. Eso sí es de admirar, sonrió Noé, y el error que tiene es comprensible por tan corta edad. Pero mi profe no me dijo nada malo, hizo puchero la chiquilla y Noé pensó que Pi era un ángel, una diosa, una musa. ¿Qué error tiene?, volvió ella al tema. Noé concluyó: Ninguno; buscó nuevamente en los bolsillos y sacó el hueso de aguacate, con quién te vas, volvió a plantear la disyuntiva y Lupi, dando vueltas al dedo índice, una y otra vez, al convocar puntería, decidió, fijando la yema del dedo en la parte superior del hueso: Con el ángel. Él la observaba, ojos almendrados, nariz respingona, labios carnosos. Separó el hueso de aguacate. Pitita, la bella, había fallado. Noé levantó los hombros en señal de desencanto, ella movió la cara de un lado para otro y aseguró: destino, es el destino. El joven dejó en la mesita el juguete y aprovechó de inmediato la situación, intentó frotar, nuevamente, la palma de su mano con la de ella, confundir las líneas del destino como le había propuesto el día anterior. Ella lo detuvo, aunque no soltó su mano, fijó su mirada en la de él y sentenció: No, ¿eh?, yo no he; heno corté, ¡corte, Noé!, y empujó su mano hacia abajo simulando una ruptura. ¡Qué bonito!, dijo él, suena muy bien, ¿podrías repetirlo?, díctamelo, lo quiero tener escrito. No, ¿eh?, condenó ella, escrito no. Sí, por favor, me gustó

mucho, ¿tú lo inventaste? No, aseguró como si afirmara, pertenece a la cultura popular. Nunca lo había oído, repítelo. No, ¿eh?, ya te dije que no. Entre sentido y reflexivo, Noé se retrajo un poco. Había sacado una hoja de papel y un lápiz y lo sostuvo como si amenazara escribir; si había preparado esos instrumentos, era ocioso guardarlos sin ninguna línea; apoyó la goma del lápiz en el mentón y dejó escapar un sonido que recordaba el ronronear de un gato. Lupina sonrió, dijo Chao, ya te fuiste, y caminó a la cocina, será oportuno preparar un té. No lo distraigo, se dijo, parece que medita. Guardó silencio profundo unos instantes y después comenzó a sonar la actividad del día, el golpeteo del cazo con la hornilla, de la taza con la mesa, de la cucharilla con la taza al disolver el azúcar. Luego, cuando consideró que ya era suficiente de silencio canturreó: «Hay quien dice que salí de un cinemá, ay, mamá, ay, mamá, por mi boca pequeñita y mi figura de madá', ay, mamá». Esperó una respuesta del visitante, pero el silencio continuó. ¿Listo?, dijo más fuerte, y nada sucedió. ¿Quieres un té?, agregó más directa y hasta entonces se escucharon ruidos, pasos nerviosos de quien se acerca a la tierra prometida; y la puerta de la cocina se abrió. Te tengo un regalo, le dijo Noé. Pita caminó hacia él, ¿para mí?, ¿qué es? Noé mojó con la lengua su labio inferior y declaró: Un tralenguas. ¿Tralenguas para mí?, repitió Pituca para entender más claramente la clase de regalo que le ofrecía. Volvió a su taza de té y solicitó, ¿a ver? Noé también tomó su taza y se aclaró la voz como si fuera a declamar, pero en lugar de eso le tendió la hoja. Pita leyó y él no perdió detalle de su cara: «Guada aguada la guadaña, da agua al hada y daga al dogo, o divaga cuando vaga, cuando halaga siendo maga». Sonrió, ocultó por un instante su cara con el papel y luego volvió a leer, ahora en voz baja. Noé no perdió detalle, seguía el movimiento de su boca, cómo las palabras se iban dibujando. Deseó mojarle con la lengua su labio inferior, también mordérselo muy suave. Pi levantó sus ojos almendrados y le preguntó ¿Es un tralenguas de amor? El joven no perdió terreno, le dijo meloso sí, de amor oculto. Ella le respondió también con dejo meloso y en susurro, ¿oculto?, ¡farsante!, eres un farsante,

palabrería nada más. No, no, no, acudió él en su defensa, pronúncialo, dílo en voz alta, de manera fluida, la riqueza del tralenguas está en el movimiento muscular, en la dificultad de unir una sílaba con otra. ¡Claro!, atajó ella, y es precisamente donde falla tu tralenguas, no existe tal dificultad para pronunciar, es más sonoro que... ¿cómo decirlo?... mecánico. Parecía que la lancha de Noé se hundía. Le pidió la hoja escrita, tomó la taza y salió a sentarse a la sala. Guadalupe lo siguió. Él volvió a retraerse, analizaba una y otra vez el escrito. Por fin dijo, es un tralenguas de amor oculto, escrito con mucho amor. Ella insistió, dispuesta a continuar batalla: Es un poema de amor oculto, nada más; mejor dicho, con buenas intenciones y mucha imaginación podría ser una oculta, muy oculta, referencia al amor, eso es todo. Noé se sentía perdido, decepcionado, sólo faltaba un listón para ponerle un moño a su regalo. La mirada de Lupe lo recorría con ternura y eso le fastidiaba, meditó si lo más honroso sería levantarse y abandonar la casa y decidió que no, que el regreso sería muy doloroso. Arrugó el papel y lo lanzó a un rincón. ¡Oye, no!, ¿qué haces?, ¡me lo diste!, ¿por qué lo maltratas? No es un buen trabajo, no quiero verlo. Pero a mí me gusta, no tienes por qué tirarlo. Regresó desdoblado la hoja y lo leyó en voz alta. Me gusta, dijo y lo volvió a leer con la voz muy fuerte, sí, me gusta. A mí también, dijo Noé y se arrellanó sonriendo. Pitina se sentó al lado de él moviendo las manos como si espantara moscas, para que se esparzan los efluvios del mal humor, dijo y, poniéndole la mano en el hombro, le avisó, te diré un haikú, ¿quieres? Sí. Ella carraspeó aclarándose la voz, ya se me acabó el té, me hace falta un traguito. Te comparto. Inició con absoluta seriedad: «Así que viene/ Tendiendo su mano/ Fantasma helado». Hubo un silencio incómodo, los dedos largos de Lupita se entrelazaban. Recostó la nuca en el respaldo y se fijó en el techo. Los techos casi siempre pasan inadvertidos, dijo, se enderezó animada y continuó su idea, nos fijamos en los pisos, si son de madera o de mosaico, si están mojados o secos; nos fijamos en las paredes, el color, los adornos, una pared sin cuadros parece un hueco. ¿Te gustó el haikú? Sí, sí me gustó, ¿lo puedes repetir? ¡Cla-

ro!, dijo ella. ¿Me permites anotarlo en un papel? Me sentiré muy honrada si lo escribes. Noé se apresuró a sacar otra hoja, había que aprovechar la buena disposición. Estoy listo. La muchacha repitió, palabra por palabra, el poema. Noé apuntó, letra por letra, las palabras. Ella mostraba satisfacción. Él no despegaba la vista del papel. ¿Qué te parece?, lo interrumpió la muchacha. Me gusta, sí me gusta, ¿tú lo escribiste? No, no, es de la cultura popular. Nunca lo había escuchado, aclaró él, entonces separó la vista de la hoja y la vio fijamente a los ojos, aunque, pensándolo bien, tiene un error. ¡Pero cómo te atreves!, le reclamó, es perfecto ese haikú, lo estuve revisando día y noche; mi profe no me dijo de él nada malo, no le encontró ningún problema. ¿Tú lo escribiste? ¡Claro, en la primaria!, y soltó una carcajada. ¿Quién te cree?, Lupita, ¿quién te cree?, afirmas algo y al momento dices lo contrario, ¿lo escribiste tú?, ¿lo revisó tu profesor?, tiene dieciséis sílabas, le falta una. A ver, a ver, cómo está eso. Estos versos suman dieciséis sílabas, deben ser diecisiete. ¿Estás seguro?, dijo ella y empezó a contar con los dedos, pronunciaba en voz baja, daba forma a las palabras, sus labios se movían y simulaban besos, Noé se los adjudicaba, se apropiaba de ellos. Pi levantó sus ojos a los de él y le dijo, dieciséis, tienes razón, ¿no habrá por ahí una sinalefa o una de esas palabras que aumentan sílabas al verso? Nada de eso, nada de eso, respondió él. A ver, a ver, cómo puede arreglarse este asunto, buscó ella alguna salida, a ver, decía mientras pensaba, a ver; es muy fácil, concluyó, en lugar de la palabra tendiendo, dirá tendiéndome, así alcanza las diecisiete sílabas, ¿cómo ves? Está muy bien, con eso se resuelve. Me gustaría hablarle a mi profe para comentarle mis avances literarios, pero ya murió; la mayoría de los profesores, cuando uno verdaderamente los necesita, ya han muerto. ¿Por qué me dijiste que era un poema que pertenecía a la cultura popular? ¡Pertenece a la cultura popular!, pero en el futuro. ¿Cómo sabes? Mi nombre no es atractivo, es muy largo y muy duro, la mayoría de las escritoras tienen nombre corto y sonoro; así que, pasando algunos años, nadie recordará el mío, mi haikú llegará huérfano a la posteridad, las personas lo repetirán creyendo que na-

ció de la nada, del simple miedo de los humanos a lo desconocido. Tu nombre tiene cuatro sílabas. ¡Claro!, se pierde mucho tiempo al decirlo, no es apropiado para el éxito, advirtió ella y analizó, Rosario, tiene tres; Nellie, tiene dos; Elena, tiene tres; Inés, tiene dos; Amparo, tiene tres; fueron escritoras exitosas. Hay muchas escritoras que se llaman Guadalupe, dijo él consolador. ¿Como cuáles?, preguntó intrigada. Por ejemplo... por ejemplo, Guadalupe Amor. Es Pita, aclaró ella, me lo enseñó mi profe de primaria, con un nombre tan largo no hubiera llegado lejos, mi haikú alcanzará huérfano la posteridad; te pondré un disco, es una joya, te aseguro que en este pueblo nadie lo tiene: Éxitos de Duque Dondé. Nunca había oído de él. Júntate conmigo, dijo ella y saltó del sofá en busca de lo prometido. Toc, toc, sonó la aldaba en la puerta. ¿Quién será?, preguntó el galán desconcertado. Puede ser mi madrina. ¿Acostumbra venir a esta hora? Nunca viene, pero siempre tiene la intención. ¿Tu papá? Es posible, siempre está al cuidado de su chiquita. ¿Tu amado? Por ahora no hay nada de eso, pero tal vez sea mi ex, le gusta soñar que aún andamos, y agregó como una solución, podríamos apostar, ¿qué te parece?, dime quién crees que sea. Tu madrina, se adelantó él a atrapar lo más conveniente de la mala suerte. Yo creo que es mi ex, aseguró ella desafiando y agregó, hay una canción de Duque Dondé que dice: «Cuando llegó el conquistador, a la tierra descubierta, se sintió el único as, de una baraja infinita», y en el coro se reclama él mismo como si fuera el personaje, «Mira, mira, Dondé; mira, mira, Dondé, de ingenuo no pasarás». Pitita se dirigió rumbo a la puerta de la casa. Noé apretó los párpados, se preguntó, ¿quién viene en un momento tan inoportuno? Oyó voces, pasos que se acercaban. Será mejor que me vaya. Cuando sintió que Lupe y la visita estaban por entrar abrió los ojos, un joven de pelo largo y lentes gruesos estaba al lado de ella. Noé se levantó apresurado, Duque Dondé tenía razón.